

EL TERCER CENTENARIO
DEL
V. P. MAESTRO FR. LUIS DE GRANADA

RELACION DE SU VIDA, SUS ESCRITOS Y SUS PREDICACIONES

POR

EDUARDO CARO

A. M. D. G.

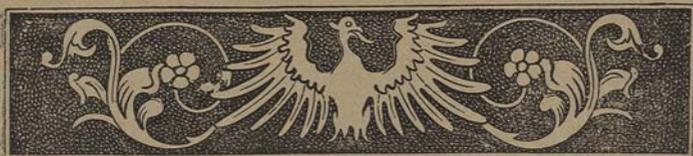
GRATIS

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

MADRID

IMPRESA DE BERNARDO BARTUILLI Y GARCÍA
Calle de Trafalgar, núm. 11.

1888



A las nueve de la noche del 31 de este mes de Diciembre de 1888 se cumplen trescientos años desde la muerte del Venerable Padre Fray Luis de Granada, honra de España, donde nació, y de la Cristiandad toda.

No se hallan sus restos en nuestra nación, sino en Portugal, que le adoptó por hijo; pero esta circunstancia no ha de ser motivo para dejar de rendirle el debido tributo, que en esta especial época, sobre todo, merece, habiendo sido tan señalado su saber y tan grandes sus virtudes, que día llegará, tal vez no lejano, en que se le venere en los altares, cual le venera el mundo entero como orador y como entendidísimo en la ciencia de Dios, en cuya práctica y enseñanza fué perfecto modelo y sin igual maestro ¹.

Granada ², de quien tomó apellido en religión, fué su pa-

¹ Santa Teresa le escribió diciéndole: «De las muchas personas que aman en el Señor á vuestra Paternidad por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á Su Majestad por haberla dado á vuestra Paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una: y entiendo de mí que por ningún trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela, y oír sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado y ser mujer...»

San Carlos Borromeo le dijo tanto ó más en otras cartas; y el Santo Arzobispo de Valencia Juan de Ribera hizo lo mismo.

Igualmente el Papa Gregorio XIII le dirigió un Breve aplaudiendo sus sermones y escritos de un modo extraordinario, y diciéndole que había hecho milagros más meritorios abriendo los ojos de las almas ciegas, que dando vista material á los del cuerpo; por lo cual añade: «habéis para vos ganado de Dios muchas coronas».

² Granada y su campiña merecen mención especial. Por una parte la hermosura poética é incomparable de aquélla, y por otra la feracidad y belleza de ésta en toda su extensión; la abundancia y el general aprovechamiento de sus aguas; su calor moderado; la elevación de grandes espacios de su suelo; la multitud de sus declives y desniveles; la posición favorable de sus montañas con respecto á los puntos cardinales del cielo; la cercanía del Mediterráneo y sus lindes con este mar por el Sur; la pureza de la atmósfera, y la luz plena y campante que ondea por do quier, ha-

tria. Aquella ciudad, que vió también nacer á nuestro primer poeta, el renombrado Fray Luis de León; á Fray Hernando del Castillo, insigne predicador del rey Felipe II; al Doctor Francisco Suárez, consumado teólogo de fama portentosa, y á otros infinitos varones notables en santidad, letras, artes y armas, cuya enumeración sería prolija tarea.

Granada, la de la *Alhambra* y el *Generalife*¹; la de los destruídos *Alixares* y la *Silla del Moro*²; la ciudad de los

ciendo más largos los días Sierra Nevada, pues un cuarto de hora después de oculto el sol en el horizonte aún se le ve dando en las alturas de aquélla, todo conspira á que la comarca granadina sea la más aventajada para el cultivo y para la salud entre cuantas existen en Europa; la más general en la producción de toda especie de frutos y de toda riqueza agraria; la más grata para habitada, y la más propia para agrandar la esfera de los sentidos y desplegar las fuerzas y facultades del espíritu. De donde quiera que vaya un viajero, sea cual fuere su país natal, ora de los últimos parajes habitables de la tierra, ora de su comedio, ora de las regiones templadas de los continentes de ambos hemisferios, ora de las islas esparcidas en las inmensidades del Océano, no habrá ninguno que en Granada deje de encontrar alguna planta, alguna flor, algún árbol, un monte, un llano, un río, alguna situación, algún punto de vista ó de horizonte que le consuele de la ausencia de su patria y le ofrezca algún parecido de ella, pero con mejor ambiente y mejor cielo. Nueva Armenia la llamaron, pues, con razón los árabes, y trasunto del Edén perdido, considerando que aquí nada faltaba de sus ricos frutos, de sus preciosas flores y deliciosos aromas, ni un *Ararat*, Sierra Nevada, más alto que las nubes y coronado de eternas nieves, entre profundos golfos de sublimes bellezas.

1 La Alhambra, este palacio árabe de inconcebible belleza, situado dentro de baluartes fortísimos, cuyo último rey que lo habitó fué Boabdil, es una epopeya. En sus muros, en sus alicatados, en sus alfajías, en sus artesonados, en sus jardines, tiene escritas cien páginas de glorias, de duelo, de venganzas. Allí, la vida árabe se revela sin necesidad de escrituras. Discurriendo por sus frondosas alamedas, se transporta el hombre á la Edad media; vense los torneos, las algaras, las justas, las guerras civiles y las zambras; se presenta á la imaginación la lucha fratricida de Abencerrajes y Zegries, la traición de éstos, el infortunio de la esposa de dicho rey y el heroico proceder de los caballeros cristianos, que allá abajo, en la plaza de Bibrambla, rompieron lanzas en pro de su inocencia. Se asiste á la matanza del patio de los Leones, y, más tarde, al asedio de la ciudad; vienen á la mente los apuestos caballeros castellanos llegando con sus correrías hasta las puertas mismas de Granada; aparece Pulgar penetrando en ella y molándose de Mahoma con el *Ave María* escrito en un pergamino, que clava con su puñal en la mezquita principal; en fin, créese estar presente á la entrada de los cristiano dentro de sus muros, y hasta se deja oír el suspiro de Boabdil vencido, que la abandona para siempre... El Generalife es un palacio que edificó Omar á pocos pasos del recinto de la Alhambra, para en él descansar de las molestias de su corte. Aún contiene encantos grandes y muchas maravillas; siendo célebre por la sanidad de su sitio, la cual devolvió la salud al Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, enfermo gravemente de consunción.

2 Los Alixares eran otro bellissimo palacio que había en los contornos del Generalife, subiendo á la cumbre del cerro que lo domina; y la Silla del Moro un *mirab* ú oratorio, que existió en lo más alto, y el cual sirvió

deliciosos cármenes de las riberas del río Darro, que por debajo de sus calles serpentea, desembocando y confundíndose de seguida en el Genil, como entristecido de dejarla; la de los nopales ó higueras chumbas de las cuevas que suben al viejo *Albaicín* ¹ por San Juan de los Reyes ², antigua mezquita moruna, de que se conserva el minaret, y ahora preciosa iglesia de San Alfonso de Ligorio; la de las alegrísimas montañas entrellanas de San Miguel el Alto, cuyas vistas cautivan y desvanecen, abrazando la sin rival Vega, orlada de plata, donde está *Santa Fe*, población erigida en una noche por los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, y donde aparece casi en primer término *La Zubia* con los tradicionales laureles que libraron á esta inmortal Señora de las huestes de Boabdil sitiado; la ciudad, en fin, á quien guarda el sueño, como jigante blanquecino, la sierra de las nieves perpetuas, *Sierra Nevada*, con sus picos *Mulhacen*, la *Veleta*, *Alcazaba* y *Machos*, puntos los más elevados de España; y en cuya soberbia espalda meridional se hallan las *Alpujarras*, país admirable de bellezas espantosas y sublimes, en que campean profusamente abismos oscurísimos con torrentes y cataratas profundas; en que se ven puentes

de refugio más de una vez á algunos reyes moros perseguidos por bandos contrarios.

1 El Albaicín se llamó así por haber sido un barrio poblado por los moros de Baeza desterrados de esta ciudad cuando el rey San Fernando la conquistó en 1227. Se halla situado en la parte Norte de Granada, y en tiempo de los moros contenía 10.000 vecinos, con grandes casas y jardines, que hacían su estancia muy codiciada. En él estaba una de las mezquitas más suntuosas, de que aún quedan vestigios cerca de la iglesia del Salvador; y durante las célebres guerras civiles, que Pérez de Hita prolijamente relató, sus moradores pelearon tan denodadamente, que sus proezas parecen fabulosas.

2 Esta mezquita se llamaba *Taibín*, que significa «de los convertidos»; y es histórico que el día 6 de Enero de 1492, en que los reyes citados hicieron su entrada triunfal y solemne en Granada, después de tener preparado su alojamiento en la Alhambra por Hernando de Zafra, fueron á orar lo primero á tal mezquita, que convirtió en templo cristiano el Cardenal Arzobispo de Toledo D. Pedro González de Mendoza. Entraron por la puerta de Elvira con gran acompañamiento, y subieron á la Iglesia por la que hoy es calle de San Juan de los Reyes; bajando por la misma calle y ascendiendo á la Alhambra por la cuesta de los Gomerres. En testimonio de haber sido éste el primer templo donde oraron, hicieron donación á la iglesia de un cuadro del Descendimiento de Cristo, en cuya parte inferior están sus retratos; el cual se conserva. La torre expresada es lo único de esta clase que se encuentra en la ciudad, y con ladrillos agramilados forma en sus cuatro frentes graciosos enrejados y cierta especie de ajimeces. Hay quien cree que el primer cuerpo es obra de fenicios; pero esto no es fácil comprobarlo por hallarse bajo tierra algunos metros.

naturales y grutas escondidas, que no tienen par en el mundo; en que se hallan lagunas congeladas sobre altiplanicies á que pocos hombres han llegado; en que aparecen á veces grandes arboledas y selvas olorosas cuajadas de plantas medicinales; y en que se divisan aquí y allá pueblos y cortijadas sin número, de lejos semejantes á colmenares ó nidos de pájaros, donde, sin embargo, se disfruta, casi en ras con los eternos hielos, temple atmosférico increíble y salud no hallada en otros puntos con tanta largueza.

En Granada, decíamos; allí, entre el Alhambra y el Albaicín, á quienes separa el Darro; en pobre casa, hoy por nuestra incuria española solar ignorado, que cubren siempre verdes chumberas, nació el V. P. Granada el año de 1504 ¹, doce después de plantado el estandarte de la Cruz por dichos Reyes Católicos en las torres de aquel poético y admirable recinto ². Hijo de padres nada pudientes, no le cupo mejor suerte; pero siendo ellos muy esclarecidos en virtudes, porque la pobreza no está reñida con la virtud, sino, ántes bien, ésta suele ser patrimonio concedido por el Cielo á los desheredados de la fortuna, como si con ello quisiera recompensar la falta de comodidades en la vida, esta semilla tenía que dar á su tiempo ópimos frutos.

Su apellido fué Sarria; apellido que era el nombre á la vez de la población donde nació su padre, quien de ese pueblo del reino de Galicia se juzga vino con los conquistadores de Granada, ó atraído después por razón de los privilegios con que convidaba la nueva ciudad cristiana.

Huérfano Luis de padre á la edad de cinco años, tuvo que añadir este nuevo y grande mal al de su pobreza; y con tanta miseria continuó viviendo, que su madre, para sustentarle, se vió precisada á lavar la ropa á los Religiosos del

¹ En el mismo año falleció en Medina del Campo la reina D.^a Isabel la Católica.

² Después de un sitio de diez meses, abatidos y desalentados los moros defensores de Granada, capitularon á fines del año de 1491, haciendo entrega de la ciudad el día 2 de Enero de 1492 á las tres de la tarde. Este acto tuvo lugar en la ermita de San Sebastián, sita del lado allá del Genil, y que hasta entonces fué mezquita. Allí se arrodillaron los Reyes Católicos para dar gracias á Dios por la victoria; y fué donde abrazaron al desgraciado Boabdil, quien después, en los montes del Padul, derramó las lágrimas que han dado origen á que se llame el «Suspiro del Moro» á uno de sus altos sitios.

Convento de Padres dominicos y á ayudar á amasar el pan que se hacía para éstos ¹. Mas como la pobreza humilde y limpia, como dice el principal historiador de nuestro Venerable P. Granada, el Licenciado Luis Muñoz ², ha sido mina de que han salido doctísimos varones, levantándolos Dios á grandes puestos, aconteció que la Providencia, con ocasión inesperada, vino á variarlo todo en el porvenir de aquel desvalido sér: suceso que certificó el Marqués de Camporrey, D. Pedro de Granada, por habérselo referido el mismo interesado en Lisboa seis años ántes de fallecer, y que el Padre Conrado Muñón, del Colegio de Agustinos de Valladolid, narra en su precioso libro titulado *Horas de vacaciones* del modo que sigue:

«Era un día de riguroso invierno, y una capa de nieve cubría las calles de Granada. En humilde y estrecha alcoba de miserable vivienda, sobre un lecho á cuya cabecera se veían una pila de barro con agua bendita, una estampa de la Virgen Santísima y una sencilla cruz de madera, yacía una pobre mujer, cuya fatigosa respiración daba indicios de la fiebre que la devoraba. Á su lado estaba un niño sentado en vieja silla, con la cabeza suavemente apoyada junto á la de la enferma, mirándola con ansiedad y ciñéndola el cuello con su brazo. Eran Catalina y Luisito. El niño lloraba, rezaba á la Virgen, y de cuando en cuando humedecía con agua bendita la frente de su madre. Enferma ésta desde el

¹ Véase cuál fué su niñez y pobreza por sus propias palabras, dichas en ocasión de recomendarle su Padre compañero en Lisboa que echase algún abrigo más sobre la miserable capa de anascote que usaba en cierto invierno riguroso que hubo al fin de sus años: «Padre, no trate más de ello; que yo me crié medio desnudo, y mi madre con una mantellina más vieja que nuestra capa me cubría: y ella pobre, y yo desarrapado, íbamos á la portería de Santo Domingo de Granada con nuestra ollica, y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendrugillos, de que nos sustentábamos. Muchos pobres mejores y más honrados que yo hay en la ciudad, desnudos y muertos de hambre: el dinero del abrigo repártalo vuestra reverencia entre ellos, y déjeme á mí, que ando más bien tratado que merezco».

² Luis Muñoz escribió la vida del Padre Granada ántes de cumplirse medio siglo de la muerte de éste, y tuvo presentes, además de los datos que respecto á él le comunicaron los Conventos de Portugal, Granada y Colegio de Valladolid, los escritos que sobre el mismo ya habían publicado Fray Jerónimo Joanini Capuano, Fray Francisco Diago, Fray Francisco de Oliveira, Fray Luis de Marieta, el Obispo de Monópolis, Fray Luis de Cacegas, Fray Luis de Sousa, y otros. La edición que hemos consultado está hecha en Madrid por María de Quiñones el año de 1639.

día anterior, no había podido ganar el corto jornal de que ambos se sustentaban. Catalina hizo un esfuerzo, abrió los ojos y dijo al niño: ¿Estás aquí, hijo mío? ¡Pobrecito! ¡siempre á mi lado, y tal vez!...—¿Qué tal se siente usted?—preguntó Luisito interrumpiéndola.—Estoy mejor, hijo mío; pero, dime, ¿has comido?—No se cuide usted de mí, madre mía. Lo que siento es que no hay en casa nada que darle: ¿de veras se halla usted mejor? Dígame la verdad.—Sí; estoy mejor.—Pues, mire usted, entonces voy á salir á pedir una limosna; que Dios no nos olvidará. Pero no me engañe usted; que no quisiera dejarla sola tan enferma.—¡Angel mío! ¡hijo de mi alma!—exclamó Catalina besando tiernamente al niño.—Luisito besó también á su madre, le arregló un poco la ropa, volvió á besarla, salió de la habitación procurando no hacer ruido, bajó de tres saltos los escalones, y, después de santiguarse al poner el pié en el umbral, echó á correr hacia la Alhambra, morada entonces de los caudillos y familias poderosas. Dentro de ella le detuvo el hijo de una vecina, niño revoltoso y desobediente, que daba muchos disgustos á sus padres y que aquella mañana había tomado por ocupación hacer bolas de nieve para entretenerse.—Luis—dijo al verle,—vamos á hacer entre los dos una bola grande para que tropiecen los que pasen.—No puedo, no puedo—respondió Luis sin detenerse;—voy á pedir una limosna para mi madre, que está muy mala, y ocuparme en eso sería gran pecado; con que, déjame.—Es que no te vas —Hombre, ¡por Dios! no me detengas; mira que mi madre puede morir si no la llevo pronto algún alimento—añadió Luis derramando lágrimas.—Llorón, lloraduelos—repitió el otro niño sin soltarle;—anda, nada importa que se muera tu madre; una pobre ménos; con eso no tendrá que remendarse más la saya.—Aunque Luis era, como suele decirse, una malva, al ver tan duramente insultada á la madre que con tanto amor quería, exclamó lleno de indignación: No insultes á mi madre, porque .—La respuesta del otro fué una grande bofetada; y, no pudiendo contenerse ya Luis, resultó que ambos se asieron por los cabellos, trabándose dura lucha, sostenida en el uno por su carácter brutal, y en el otro por el cariño á una madre tan injustamente ofendida. El

Conde de Tendilla, alto capitán, á quien habían dejado los Reyes Católicos por Alcaide de la Alhambra, que desde las ventanas de su palacio estaba viendo la pendencia de los dos niños, mandó á un criado que los separara y los llevara á su presencia. El uno empero escapó; mas el otro, Luis, esperó con la tranquilidad de su buena conciencia, y fué presentado al de Tendilla.—¿Por qué os pegábais?—le preguntó éste.—Señor—contestó el niño,—han insultado vilmente á mi madre, viuda y pobre, y no lo he podido consentir, pues la quiero mucho; y la ha insultado mi amigo porque somos pobres... Mire usted, señor; ¿tiene mi madre la culpa de eso? Además, la pobreza no es deshonor; y ménos en mi madre, que es muy buena y muy cristiana.—Hablaban el niño con tanta viveza y gracia, y daba á sus palabras y ademanes tan persuasiva y adecuada expresión, que el Conde creyó ver en él un niño extraordinario, y descubrir que aquella despejada frente encerraba un talento no común.—¿Y á dónde ibas?—volvió á preguntarle acariciándole.—Luis levantó los ojos, mirando al Conde con agradecimiento; pero volvieron á asomar lágrimas en ellos al responder: ¡Iba á pedir una limosna para dar de comer á mi madre, que está enferma!—El corazón del magnate, del bravo guerrero, que nunca había temblado, no pudo contener su emoción al escuchar el tiernísimo acento con que el niño pronunció estas palabras; y, tomándole cariñosamente de la mano, le dijo: Ven conmigo, hijo mío; yo te socorreré, y á tu madre.—¡Oh, gracias, infinitas gracias, señor!...—Y Luis, de la mano de su bienhechor, fué cruzando galerías y salones, admirando tanta magnificencia. Pronto se encontró delante de la Condesa, á quien saludó con modestia, pero con tal gracia, que al punto la bondadosa Señora se interesó por él.—Este niño—dijo el Conde—estará desde hoy bajo nuestra protección.—¿Cómo te llamas?—preguntó la Condesa.—Luis.—¿Y tu padre?—El pobre niño miró á la Señora con tristeza; después bajó los ojos, y respondió con lágrimas en ellos: ¡Murió hace tiempo!—¡Pobrecito!... no llores, niño—añadió la Condesa enternecida.—El Conde instruyó entonces á su esposa del triste estado de Catalina, y aquella dijo á Luisito: ¿Quieres jugar con mis niños?—Gustosamente lo haría, Señora, si no me

estuviera esperando mi madre, que necesita de mis cuidados; pero...—Pues vé á llevarle una gallina y este dinero, y le dices que cuando esté buena te deje venir aquí, y entonces jugarás y también estudiarás con mis hijos. ¿Te gusta estudiar?—Oh, sí, Señora; muchísimo!—¿Y has de hacer lo que te digo?—Lo haré, y que Dios se lo pague á ustedes.—El Conde, entre tanto, había llamado á sus niños, quienes, á instancia de sus padres, colmaron á Luis de besos y le llenaron de dulces los bolsillos. A todo correspondió éste modesta y graciosamente; y con su gallina, su dinero, sus dulces y unos panes, que le añadieron, corrió contentísimo á su casa, hallando á su madre más aliviada —¿Quién te ha dado todo esto?—le preguntó al verlo.—¿Que quién? Unos señores muy buenos, que viven en la Alhambra y que tienen unos niños muy preciosos, quienes me quieren ya mucho y con quienes voy á estudiar cuando usted se ponga buena, según me han ofrecido.—Serán los Condes de Tendilla.—Sí, esos son, seguramente.—El Cielo los bendiga y á sus hijos;—y con alegría y felicidad maternal, al ver que un nuevo porvenir se abría á Luis, le besó y abrazó, dando gracias á la Providencia de tan inesperada ventura. Merced á los cuidados de un médico que el Conde le envió, á los pocos días vióse buena Catalina, y, con su hijo de la mano, fué á mostrar su gratitud á los nobles magnates, quienes la colocaron de lavandera en la Alhambra y se hicieron cargo de Luis. Todos los días iba éste á la ciudad á ser enseñado con los hijos del Conde, llevándoles los libros. Sus progresos en el estudio fueron rápidos y extraordinarios, con lo cual llenó de alegría á sus protectores y de inocente orgullo el corazón de su madre».

Y, en efecto, con estos auspicios, Luis Sarria creció en saber y virtudes de tal modo, que, pareciéndole poca cosa su continuada ocupación en el estudio, aprovechaba los momentos que tenía libres para predicar á sus amigos y compañeros admirables sermones que corrigieran sus costumbres ó avivaran su fe; pronóstico felicísimo de los muchos bienes que en ese camino había de obrar después, y centellas adelantadas del gran incendio en que su corazón había de arder, movido por la gracia, durante toda su exis-

tencia. Á ello añadía el ir diariamente á la Capilla Real á los Oficios divinos; habiéndose aficionado tanto á la asistencia á ellos, que solicitó entrar en la misma de acálot para mejor realizar su deseo de servir á Dios; cuyo acomodo obtuvo, siendo ésta seguramente la causa de dejar la casa y servicio de los sucesores de Tendilla ¹, quienes comprenderían que así había de saborear mejor las cosas eclesiásticas y conocer más claramente cuál era su verdadera vocación.

Ésta, empero, estaba formada, y era ser Religioso de Santo Domingo. Así, pues, á poco más de diez y nueve años de edad, pidió el hábito de tan preclara Orden en el Convento de Santa Cruz, que los Reyes Católicos habían fundado en la misma ciudad de Granada, entrando en él de novicio para dechado y muestra acabada de modestia, compostura, fervor y obediencia; y siéndole admitida al año después su profesión, que realizó el día 15 de Junio de 1525, consagrándose por completo en cuerpo y alma á la Divina Majestad.

Entonces fué cuando llevó á cabo, con permiso de sus Superiores, el renombrado rasgo de compartir con su ya anciana madre la pobre ración que se le daba de sustento; obra en que fueron envueltas dos virtudes preciadísimas: la caridad y la mortificación; esto es, la limosna y el ayuno; y obra que nos da cabal medida de cuál fué en nuestro ya Luis de

¹ El Conde de Tendilla, Alcaide de la Alhambra, que favoreció al Padre Granada, fué el ilustre D. Íñigo López de Mendoza, quien falleció en Julio de 1515. Sus funerales fueron muy suntuosos. En la capilla mayor del hoy destruído Convento de San Francisco de aquella fortaleza se levantó un gran túmulo, al que fué trasladado su cadáver con mucha pompa, sobresaliendo veinte y dos estandartes, que había ganado el Conde en batallas contra los moros, y la rica espada que el Papa le regalara cuando fué á Roma de Embajador. Su primogénito, el Marqués de Mondéjar, y sus demás hijos, con gran señorío de la ciudad, seguían como dolientes. Puesto el cuerpo en el túmulo y rezados los Oficios mortuorios, quedó bajo la custodia de cien hombres de armas durante veinte días, siendo depositado después en el enterramiento respectivo de aquella capilla mayor, cuyo patronato le había concedido la reina D.^a Juana por Cédula de 8 de Diciembre de 1508. Antes de la conquista de Granada había desempeñado la Alcaldía de Alhama, donde hizo grandes proezas, según historia D. Miguel de la Fuente Alcántara. Y cual prueba de su gran corazón, debemos referir el hecho de haber dejado en el Albaicín como en rehenes, y en demostración de los pacíficos sentimientos que le animaban, á su esposa y pequeños hijos cuando el primer levantamiento que verificaron los moros contra los conquistadores de Granada, tomando por motivo las medidas usadas para convertirlos por el Cardenal Jiménez de Cisneros.

Granada el amor que siempre tuvo á la autora de su existencia.

Como sus estudios continuaron siendo grandísimos, su talento era sin igual y sus virtudes esclarecidas en alto grado, el Convento propúsole en seguida, con preferencia á los demás Religiosos de Santa Cruz, para llenar una plaza de que podía disponer en el Colegio de San Gregorio de Valladolid, plantel entonces de santos y sabios por estudiarse en él con célebres maestros las artes y la Teología. Fué allá, y también aventajó á todos en aprovechamiento y buen ejemplo; y de tal manera lo hizo, que, como sus escritos demuestran, pocos hombres han llegado á cumbre más alta en ciencia y en lecciones de santidad; habiendo obtenido el grado de Maestro teológico, el cual le fué confirmado en el Capítulo general de Bolonia.

Vuelto á Granada, patria suya, recibióle ésta con envidiable admiración apenas empezó á predicar; siendo profeta acepto, por rara, aunque merecida excepción; en términos tan grandes, que al mundo se lo llevaba tras sí, como dice el Licenciado Muñoz, y se exaltaban las gentes por escucharle, como si no hubiese otro orador que le igualara. Sin embargo, no se envaneció por ello; sino, ántes bien, creció en humildad; cosa que justifica el siguiente hecho, referido por todos sus historiadores, y que el ya citado Padre Conrado Muñón relata así:

«Iba un día á predicar el Padre Luis de Granada, y ansiosa muchedumbre llenaba materialmente el templo. El orador dominaba ya desde el púlpito aquel mar de cabezas humanas, que se movían por todos lados, á tiempo que una anciana se abría paso con dificultad por entre la gente apiñada, que, viendo su humilde traje, no se cuidaba de ella. Entonces el Padre Granada, señalando á la anciana con el dedo, dijo en alta voz: *Dejen entrar á mi madre*. —Y la multitud abrió calle con respeto, y la pobre Catalina pasó llorando de alegría y oyendo á su lado cien bocas que exclamaban: ¡Dichosa y bendita la madre de tal hijo!»¹.

¹ No podemos dejar de referir también, como pruebas de su modestia y falta de vanidad, estos otros dos rasgos suyos.

Hallándose con algún dinero pocos años ántes de morir, producto de

¿Y qué ménos había de suceder que correr las gentes en pos de su palabra, si, en testimonio del Padre Fray Jerónimo Joanini Capuano, contemporáneo suyo y uno de los escritores de su vida, su predicar era de hombre evangélico, no mirando á otra cosa que á hacer ganancia de las almas é implantar en el pecho humano el amor del Cielo? Tenía—añade—la voz clara y suave; lo cual, acompañado de su altísimo saber y de una unción sin límites, hacía mover los corazones más empedernidos al arrepentimiento y al dolor. Sus palabras harmónicas, como dulce melodía, penetraban hasta lo íntimo. Sus conceptos, sacados de las Escrituras Sagradas y de los más escogidos Santos Padres, en que era versadísimo, persuadían y convencían, llegando al alma y llenándola de clara luz. Su estilo puro y sencillo, limpio y significador, grave, aunque florido, y alto, aunque agraciado, equiparó al de Marco Tulio, el grande orador romano; motivo por el cual no hay nación que no le llame el Cicerón español; y si á esto se agrega que, al describir las faltas de la humanidad, las representaba al vivo como nadie: hablando de los misterios y beneficios divinos, los ponía presentes con tan vivos y naturalísimos colores, que no había medio de dejar de conocer cuánto debemos al Cielo y lo preciso de la incomprendibilidad de esos misterios; que, al ocuparse de la Gloria y de los Santos, arrebatava; que, tratando de nuestra miseria y pequeñez, anonadaba: y exhortando á la conversión, abrasaba en amor de Dios á cuantos le oían, podremos formarnos idea de lo que fué tan sabio y santo hombre. Gastó en este ejercicio de predicar más de cuarenta años; es decir, hasta que no pudo continuar por su vejez y achaques;

la impresión de sus libros, quiso hacer una gran limosna á su Convento de Granada; y habiendo obtenido la correspondiente licencia, lo efectuó remitiendo aquélla al Prior con esta condición: «que en los libros del recibo mandase hacer asiento de que Fray Luis de Granada, hijo de la lavandera y amasadera del Convento, por ser hijo de hábito del mismo Convento, enviaba aquella limosna».

El otro fué que, habiendo ido á Lisboa D. Pedro de Granada, Marqués de Camporey, con ocasión de la jornada de Felipe II á Portugal, visitó al Venerable Padre; y como le diese á entender en la conversación que, á causa de tener iguales apellidos, podían ser en algún concepto deudos ó parientes, Fray Luis le cortó la palabra exclamando con viveza y sinceridad: «¡Pobre de mí, señor, que soy hijo de una lavandera de la Alhambra!...» cuyas palabras humildes hicieron tanta impresión en el Marqués, que se echó á sus piés y se los quiso besar.

y aún no bastándole, siguió escribiendo sermones diversos para que fuese inmortal la enseñanza de la palabra divina, á que se dedicara para bien de la Cristiandad y del mundo casi desde que tuvo uso de razón ¹.

Aquí en Granada hubiera seguramente continuado, sacando el grande fruto que aquellas predicaciones proporcionaban, si no le hubiera ordenado, como le ordenó, el Padre general de su Religión ², á la sazón venido á España, que pasase á la Sierra de Córdoba, donde estaba convertido ya en ruínas el célebre Convento de Scala Cœli, fundado en tiempos del rey D. Juan el II por el Padre Fray Álvaro de Córdoba ³, á fin de que corriera con su reedificación y se hiciese cargo, como Superior, de los Religiosos que á él fueran llevados. Obedeció; y sin espantarle lo destrozado de la casa é iglesia, guarida de fieras únicamente; la aspereza

1 Los sermones que escribió fueron infinitos. Sin contar con el último, ó sea el de los Escándalos, de que en otro lugar nos ocupamos, y de los trece que puso al fin del Compendio de la Doctrina cristiana, que compuso en portugués por mandato de la reina D.^a Catalina, tiene seis tomos de ellos para todas las fiestas del año, Cuaresma, Santos, etc.; con la particularidad de que muchísimos están no sólo repetidos, sino quintuplicados. Además, en otro tomo hizo un índice copioso de todos los sermones del año y de los Santos.

También compuso otro tomo, que tituló *Silva de los lugares que suelen ocurrir en los Sermones*.

Asimismo escribió la *Retórica para formar perfectos predicadores*.

2 Este Padre general fué el Maestro Fray Francisco de la Cerda.

3 Fray Álvaro de Córdoba, ya San Álvaro de Córdoba, pues fué canonizado en 1740 por Benedicto XIV, aprobando su culto inmemorial y fijando su conmemoración el día 10 de Febrero de cada año, nació en la ciudad de su apellido en 1358, y fué hijo de D. Martín López de Córdoba, Maestre de Santiago y posteriormente de Calatrava, y de D.^a Sancha Alfonso Carrillo; cuyo Maestre, por seguir fielmente la suerte de los hijos de D. Pedro de Castilla, muerto por su hermano D. Enrique en Montiel, encontró igual fin funesto que ellos después de aprisionados en Carmona. Varón San Álvaro de virtudes sin cuento, desde niño entró en la Orden de Santo Domingo como Fray Luis de Granada; habiendo ido á predicar penitencia á Francia, Italia y otros países, llegando á Siria y estando un año en Jerusalén, de donde volvió para ser confesor de la reina D.^a Catalina, mujer de Enrique III el Enfermo. Este cargo, bien espinoso entonces por las revueltas que en Castilla había con motivo de la minoridad de D. Juan el II, de que aquélla era tutora, lo desempeñó con tal éxito, que, fallecida esta Señora, el D. Juan le hizo á su vez confesor suyo. Fundó ese Convento en 1423 sobre los terrenos de la torre árabe llamada de Verlanga, que quiere decir *torre con agua*. Poco queda en la actualidad de ese milagroso Convento y de sus reedificaciones; pero aún en eso poco, como santuario divino, contra lo que no puede de la mano del tiempo, conservase religioso culto á San Álvaro por congregación piadosa, y vivo el recuerdo del Venerable Padre Maestro Fray Luis de Granada con diversos detalles, entre los que descuella una cruz de hierro erigida en el sitio donde éste levantó el primer monumento á su fama literaria y al desprecio del mundo.

del lugar, situado entre cerros de desapacible clima, y las dificultades con que había de luchar para cumplir lo que se le mandaba, todo lo efectuó de la manera más completa, mereciendo los mayores elogios por su comportamiento. Con este motivo dice Fray Luis Sotillo de Mesa, historiador del San Álvaro de Córdoba: «Bajo la mano de Fray Luis de Granada, los Religiosos que se le habían encomendado, siguiendo su ejemplar conducta, hacían allí vida asperísima y penitente; guardaban la observancia con el mayor rigor; comían de limosna, y siempre pescado; vestían pobrisísimamente; dormían en dura cama de tabla con solo un pellejuelo; y añadiendo á esto la oración continua y la penitencia perenne, logróse ver convertido de nuevo aquel Convento en plantel de santos hombres y devuelto al sér que había tenido cuando Fray Alvaro lo dirigía».

En la *Scala Cœli* fué donde, á la margen de un cristalino arroyo, que no muy lejos corría y que por mucho tiempo conservó el nombre del Padre Granada, dictó á dos escribientes aquel inmortal libro, que siempre deberíamos estar leyendo para provecho de nuestras almas, pues tantas ha convertido, titulado de la *Oración y Meditación*, primero que escribiera, aunque ocupa el segundo lugar de sus obras, y del que no creemos ocioso copiar algunos renglones, para pequeña muestra de lo que fué como hablista y á dónde llegó como maestro en la ciencia espiritual ¹.

Exclama en las *Meditaciones de la Pasión*, ocupándose de la humildad, cuya virtud, á ejemplo de Jesús, habemos de tener: «¡Oh admirable virtud! ¡cómo deben ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada! ¡Y cómo no deben ser conocidas, pues por tantas vías nos eres encomendada! ¡oh humildad, predicada y enseñada en toda la vida de Cristo, cantada y alabada por boca de su Madre! (San Lucas, 1.) ¡Flor hermosísima entre las virtudes; divina piedra imán, que atraes á tí al Criador de todas las cosas! El que te des-

1 En este libro de la *Oración y Meditación* trata de la utilidad de ellas; expone consideraciones relativas á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; habla de la conversión y del fin y vida del hombre; y, finalmente, se ocupa de la devoción y de lo que se necesita para alcanzarla. El origen de empezar á escribir, sin dejar, empero, las predicaciones, fué un santo consejo que sobre esto le dió San Pedro Alcántara.

echare, será de Dios desechado, aunque esté en lo más alto del Cielo; y el que te abrazare, será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes son tus gracias, y maravillosos tus efectos. Tú places á los hombres, agradas á los ángeles, confundes á los demonios y atas las manos al Criador. Tú eres fundamento de las virtudes, muerte de los vicios, espejo de las vírgenes y hospedaje de la Santísima Trinidad. Quien allega sin tí, derrama; quien edifica y no sobre tí, destruye; quien amontona virtudes sin tí, el polvo lleva ante la cara del viento. Sin tí, las vírgenes son desechadas de las puertas del Cielo; y contigo, la pública pecadora es recibida á los piés de Cristo...»

Llamando la atención sobre la prisión de este Señor y el abandono de sus discípulos, dice al pecador: «Mira, pues, cómo por tu salud y remedio es aquí atada la virtud y presa la inocencia; escarnecida la sabiduría, y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda hermosura. Y si tanto sintió el Sacerdote Helí la prisión del Arca del Testamento, que de espanto cayó de la silla donde estaba, y, quebradas las cervices, súbitamente murió, ¿qué debe sentir el ánima cristiana cuando ve el Arca de todos los tesoros de la Sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? Alábenlo, pues, los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos es, porque oyó el clamor de los pobres y no menospreció el gemido de sus presos, pues quiso él ser preso por libertarlos».

Relatando las veces que Jesús fué llevado de un tribunal á otro, expone: «En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con grande atención aquella medida del Salvador, aquella serenidad de rostro, y aquella entereza de ánimo, nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales; en medio de tantas injurias y heridas, y entre tanta confusión de voces y clamores de los que le acusaban y pedían la muerte; entre tanta furia y rabia de enemigos, y estando ya la muerte y el madero de la Cruz presente; en medio de tantas olas y torbellinos fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso

corazón. No salió de su boca palabra áspera ni dura; no se acuitó ni abajó á ruegos, ni suplicaciones, ni lágrimas; sino en todo y por todo guardó la mesura que convenía á la dignidad de tan alta persona. ¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! ¡Qué miramiento, cuando había de hablar, en sus palabras! ¡Qué prudencia en sus respuestas! Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola, sin más testimonio, bastara para justificar su causa si la bajeza de aquellos entendimientos tan groseros alcanzara á entender la alteza de esta probanza».

Así manifiesta el bien que nos ha hecho Jesús con su padecer: «Acabada la coronación y escarnio del Salvador, tomóle el juez por la mano así como estaba tan maltratado; y, sacándole á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce Homo*; como si dijera: Si por envidia le procuráades la muerte, véislo aquí tal, que no está para tenerle envidia. Temíades no se hiciera Rey; véislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. ¿De estas manos atadas qué os teméis? ¿A este hombre azotado qué más le demandáis?... ¿Y si tan grande mal es no compadecerse de Cristo, qué será acrecentar sus martirios y añadir dolor á su dolor? No pudo haber mayor crueldad en el mundo que, después de mostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: *Crucificalo, crucificalo*. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la del cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice San Pablo que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios, pues cuanto es de su parte hace cosa con que le obligaría otra vez á morir si la muerte pasada no bastara? ¿Pues cómo tienes tú corazón y manos para crucificar tantas veces al Señor de esta manera? Deberías considerar que así como el juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos creyendo que no había otro medio más eficaz para apartarlos de su furor que aquella vista; así el Padre Eterno la representa hoy á todos los pecadores, entendiendo que á la verdad no hay otro medio más poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz, pues, ahora cuenta que te la pone él también á tí delante, y que te está diciendo:

Ecce Homo; como si dijese: ¡Mira ese hombre cuál está, y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves no por otra causa sino por los pecados del mundo! ¡Mira cuál pararon los pecados á Dios! ¡Mira qué fué menester para satisfacer por el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo! ¡Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos! ¡Mira, finalmente, el rigor de la divina Justicia y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandece en la cara de Cristo!»

Meditando sobre la Cruz, sienta: «¡Oh Cruz! tú atraes á tí más fuertemente los corazones, que la piedra imán al hierro; tú alumbras más claramente los entendimientos, que el sol los ojos; tú abrasas más encendidamente las almas, que el fuego los carbones. Atráeme, pues, á tí, ¡oh santa Cruz! fuertemente; alúmbrame continuamente; inflámame poderosamente. para que mi pensamiento nunca se aparte de tí. Y tú, ¡oh buen Jesús! alumbrá los ojos de mi alma para que te sepa yo mirar en esa Cruz: porque no sólo contemple los crueles dolores que por mí padeciste para compadecerme de ellos, sino también los ejemplos de tan maravillosas virtudes como ahí me descubriste, para imitarlos».

Hablando de la lanzada, consigna: «Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremeciósela Cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del Paraíso y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! ¡Oh llaga del costado preciosa, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del Cielo, ventana del Paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de los peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la Esposa de Salomón! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hières las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de vida perdurable. Por tí entran los animales á guarecerse del diluvio en el Arca del

verdadero Noé; á tí se acogen los tentados; en tí se consuelan los tristes; contigo se curan los enfermos; por tí entran al Cielo los pecadores, y en tí duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva, que salta hasta la vida eterna! Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan delectable morada; dame por ella paso á las entrañas de tu amor; beba yo de esa dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua y embriagado con ese tan precioso licor; adormézcase mi alma en ese pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo; aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el Profeta, diciendo: Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque esta morada escogí».

Y, tratando de la resurrección del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, maniñesta: «Estaba el santo Cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo había dejado, tendido en aquella losa fría, amortajado, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya después de la media noche, á la hora del alba, cuando quería prevenir el Sol de Justicia al de la mañana, y tomarle en el camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entró aquella Anima gloriosa en su santo Cuerpo, convirtiendo sus tinieblas en luz y todas sus fealdades en hermosura, y haciendo del cuerpo más afeado de los cuerpos, el más hermoso de todos ellos. De esta manera resucita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección. Este es aquel santo Patriarca Josef, salido ya de la cárcel, vestido de ropas inmortales, y hecho señor de la tierra de Egipto. Este es aquel santo Moisés, sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después vino á destruir todo el poder y carros de Faraón. Este es aquel santo Mardoqueo, despojado de su saco y cilicio y vestido de vestiduras reales, el cual, vencido su enemigo y crucificado en su misma Cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel santo Daniel, salido ya del lago de los leones sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas. Este es aquel fuerte Sansón, que, estando cercado de sus enemigos

y encerrado en la ciudad, se levanta á la media noche y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios. Este es aquel santo Jonás, entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros; el cual, entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero día es lanzado en la ribera de Nínive. Este es nuestro Salvador glorioso, á quien arrebató aquella cruel bestia carnícera que jamás se harta, que es la muerte, la cual, después que le tuvo en la boca, conociendo la presa, tembló en tenerla; porque dado caso que la tierra, después de muerto, le tragó; mas, hallándole libre de la culpa, no pudo detenerle en su morada, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa...»

¡Cuánta y cuánta grandeza en los asuntos y en el lenguaje! decimos ahora nosotros. Y, sin embargo, esto es nada comparado con las demás meditaciones.

Hablando al hombre convertido ya á Dios de sus culpas pasadas para que haga penitencia como primera tabla después del naufragio, le pregunta: «¿Qué ha sido tu corazón sino un cenagal y revolcadero de puercos? ¿Qué tu boca sino una sepultura abierta, por donde salían los malos olores del ánimo, que estaba dentro muerta? ¿Qué tus ojos sino ventanas de perdición y de muerte? ¿Qué se ofreció á esos ojos que no lo codiciases y procurases, sin acordarte jamás que tenías á Dios presente y que te había puesto entredicho en ese árbol? Demás de esto, ¿quién podrá explicar la grandeza de tu avaricia y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan lejos de contentarse con lo que Dios te daba, que les parecía poco todo el mundo? Pues la soberbia de tu corazón, ¿qué tal fué? ¿El deseo de la honra y la alabanza hasta dónde llegó? La presunción y estima de tí mismo y el desprecio de los otros, ¿quién lo explicará? ¿Qué pasos dabas, qué obras hacías, qué palabras hablabas que no fuesen vestidas de vanidad y deseo de la propia estimación? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, y, por último, casi todos tus pasos tenían olor de soberbia y todos iban vestidos de vanidad. Pues la ira como de una serpiente; la gula como de un lobo tragador; la pereza como de un asno flojo; la envidia más que de una víbora; y en todo, finalmente,

si bien te miras, te hallarás muy estragado y perdido...»

Y que estas faltas las cometamos, siendo tan miserable y frágil nuestra vida, parécele, con razón, cosa increíble; por lo cual, en demostración de esa fragilidad, añade: «Hoy verás un mancebo en lo más florido de su edad, con grandes fuerzas y con muy buen parecer; y si esta noche le saltea una enfermedad, otro día le verás con un rostro tan mudado, que el que ántes parecía muy agradable y hermoso, ahora parece del todo miserable y feo. ¿Pues qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos? Á unos quebrantan los trabajos, á otros enflaquece la pobreza, á otros atormenta la indigestión, á otros corrompe el vino, á otros debilita la vejez, á otros hacen muelles los regalos, y á otros trae descoloridos la lujuria. Veréis otro de muy nobles abuelos y bisabuelos, de muy esclarecida sangre, de muy antiguo solar, muy lleno de amigos, y muy acompañado ambos dos lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía; y si un poquito se le trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dejado de sus amigos, y maltratado de sus iguales, y desamparado de todos. Veréis otro lleno de riquezas volando por las bocas de todos, con fama de liberal y dadivoso, esclarecido con honra, levantado con poderes, subido en tribunales y tenido por bienaventurado de todos; y acaecerá que, llevándole ahora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los tiempos, que venga á parar en la misma cárcel donde él tenía encarcelados á otros. ¡Á cuántos acaece llevar ahora con toda la pompa del mundo á sus casas, y una noche que se atraviesa de por medio escurece el resplandor de toda aquella gloria, y un solo dolor de costado que sobreviene deshace toda aquella fábula compuesta! ¡Oh engañosas esperanzas de los hombres, y fortuna frágil, y vanas todas nuestras contiendas y porfías, que muchas veces á medio camino se quiebran y caen, y primero se hunden en la carrera que puedan llegar á ver el puerto!... ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria, cuán presto es tu venida, cuán secretos tus caminos, cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir; los sabios no te saben evitar; los fuertes contigo pierden las fuerzas; para contigo

ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú paces las yerbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo, y no dejas de sorber la mar. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen, y tributo que todos pagan. Robas en una hora lo que se ganó en muchos años; cortas la sucesión de los linajes: dejas los reinos sin heredero; hinchas el mundo de orfandades; cortas el hilo de los estudios; juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Y, finalmente, eres tal, que Dios lava sus manos en tí y se justifica diciendo (*Sapientia, 1 et 2*) que Él no te hizo, sino que por envidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo...

Con las siguientes palabras insinúa que al morir, y en el momento de la cuenta, no faltará quien nos acuse de aquellas faltas. « Bastará por acusador el mismo demonio, que alegará muy bien, ante el Juez, de su derecho, y decirle há: Justísimo Juez: no puedes dejar de sentenciar y dar por míos estos traidores, pues ellos han sido siempre míos, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste é hiciste á tu imagen y semejanza, y redimiste con tu sangre; mas borraron tu imagen y se pusieron la mía; desecharon tu obediencia y abrazaron la mía; menospreciaron tus mandamientos y guardaron los míos. Con mi espíritu han vivido; mis obras han imitado; por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuánto han sido más míos que tuyos, que sin darles yo nada, ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la Cruz por ellos, siempre han obedecido á mis mandatos y no á los tuyos. Si yo les mandaba jurar y perjurar y robar y matar y adulterar y renegar de tu santo nombre, todo esto hacían con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un punto de honra que yo les encarecía, ó por un deleite falso á que yo les convidaba, todo lo ponían á riesgo por mí: ¡y por tí, que eres su Dios, su Criador y su Redentor; que les diste la hacienda, y la salud, y la vida; que les ofrecías la gracia, les prometías la gloria, y, sobre

todo esto , que por ellos padeciste en una cruz , con todo, nunca se pusieron al menor trabajo del mundo por tí! Y ¡cuántas veces te aconteció llegar á sus puertas llagado, pobre y desnudo , y darte con ellas en la cara , teniendo más cuidado de engordar sus perros y caballos , y vestir sus paredes de oro y seda, que de tí!...» Pues oída esta acusación, pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia, que dice: «Id, malditos, al fuego eterno»; y empezarán á padecer las penas de daño y de sentido que se sufren en aquel lugar; siendo atormentados además los ojos deshonestos con la visión horrible de los demonios ; los oídos , con la confusión de las voces y gemidos que allí sonarán; las narices, con el hedor intolerable de aquel sucio lugar; el gusto, con rabiosísima hambre y sed; el tacto y todos los miembros del cuerpo, con frío y fuego incomportable; la imaginación padecerá con la aprensión de los dolores presentes ; la memoria, con la recordación de los placeres pasados; el entendimiento , con la consideración de los bienes perdidos y de los males advenideros. Allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar , porque allí habrá frío que no se pueda sufrir , fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores y visión de demonios , confusión de pecados, y desesperación de todos los bienes. Una será allí, además, la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso ; y también se tasará el dolor conforme al deleite recibido, y la confusión conforme á la presunción y soberbia, y la desnudez conforme á la demasiada abundancia, y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada. Así mandó Dios que fuese castigada aquella mala mujer del Apocalípsis, contra la cual se fulminó aquella sentencia del cielo, que decía: «Cuanto se ensalzó y gozó de sus deleites , tanto le dad de tormento y llanto».

No acabaríamos nunca si continuásemos sacando á relucir las infinitas bellezas que contiene ese inmortal libro, tanto en lo piadoso cuanto en lo literario ; así que , reanudando el hilo de la historia de nuestro Venerable Padre

Granada, consignaremos que, obligado á bajar del Convento de la Scala para predicar en Córdoba y sus contornos la palabra divina, consiguió frutos tan asombrosos, que aún viven presentes por tradición en toda esa provincia; por lo cual á porfía las gentes de valer querían honrarse con su amistad y consejos, de lo que nos ofrece un acabado testimonio el respetuoso cariño con que los Marqueses de Priego y Condes de Feria le llamaron á su casa y dieron cabida en ella, no obstante que estaban hechos al trato y comunicación del Venerable Maestro Juan de Ávila, quien con sus luces les venía asistiendo desde tiempo atrás y parecía ser bastante á su dirección espiritual. Estos Condes de Feria fueron D. Pedro Fernández de Córdoba y Doña Ana Ponce de León, renombrados en altísimo grado por sus grandes virtudes y acrisoladas prendas; especialmente la última, que después de viuda se hizo monja de Santa Clara y fué la admiración de España por su amor á la Eucaristía, mereciendo el título de Esposa del Santísimo Sacramento. Á ella dedicó nuestro Padre Granada aquel divino volumen de la *Adición al libro del Memorial*, que trata del amor de Dios; libro que, al calificarse así de divino, no hay para qué decir si tendrá mérito ¹.

Y ya que hemos nombrado al Venerable Maestro Juan de Ávila, sería ingratitud no manifestar, por la parte que tuvo en la perfección de Fray Luis de Granada, que en la casa de los Condes de Feria dió principio la amistad que entre ambos santos hombres existiera; amistad por la que juzgó este Venerable Maestro como sagrado deber el escribir la vida de aquél, una vez fallecido, realizándolo aunque entrado en años y cargado de achaques, no obstante que muchos le criticaban por ello bajo la falsa idea de que á hombre tan grande cual nuestro Granada, no convenía ser cronista de otro de menor fama; crítica á que por cierto contestó, que

¹ Está calificado como superior en mucho al mismo «Memorial de la vida cristiana», siendo, como es este «Memorial», un portento místico, pues trata admirablemente de lo que el hombre debe hacer desde el principio de su conversión hasta el fin de su perfección; comenzando por una gran exhortación á la virtud; ocupándose después de la penitencia; hablando de la comunión en tercer lugar; de las reglas para bien vivir en el cuarto; de la oración vocal en el quinto; de la materia de la vocal y de la vida de Nuestro Señor Jesucristo en el sexto, y en el último del Amor de Dios.

«si por autoridad lo llevaban, tenía por medio no poco eficaz, para aumentar esta autoridad, escribir la vida del Padre Ávila, á quien había muy bien conocido, y cuyo conocimiento tenía en más, por sus muchas virtudes y letras, que á los pareceres equivocados del mundo; y que si para publicarla no se le daba permiso en España, presentaría la obra al Sumo Pontífice á fin de que la recibiera bajo su protección y favor».

Dejó á Scala Cœli el Padre Granada, por haber sido nombrado Predicador del Duque de Medina-Sidonia y mandádole el Provincial de la Orden que aceptase este cargo, á cuya designación había dado margen cierto sermón que aquel grande magnate le oyera en un Capítulo que se celebró en sus dominios; pero á poco, considerando que de ello no sacaba fruto para las almas, sino beneficio para sí, lo cual no cuadraba á sus inclinaciones santas de vivir mortificado y convertir corazones á Dios, trató de mudar lugar huyendo de los palacios de Sanlúcar de Barrameda y de Medina, residencia de tales Duques, como anteriormente lo había hecho saliéndose de la casa de los sucesores de Tendilla. Proporcionóle ocasión el tratarse de fundar un Convento en Badajoz: solicitó efectuarlo, obtuvo este encargo, y en seguida se encaminó á dicha ciudad de Extremadura; estando demás decir que cumplió su cometido de la manera acabada que era de esperar. Empero sí manifestaremos que, no contento con cumplir los muchos deberes que el cargo le imponía, aumentó sus trabajos dedicándose á componer el libro de la *Guía de pecadores*; esa escritura admirable, de la que, como asienta el Licenciado Muñoz, se puede tener por cierto que, aunque la escribió el Padre Granada, fué dictada por el Espíritu Santo; y de la que, para saber lo que vale, basta el juicio que de ella forma el mismo Venerable Maestro al sentar que «Badajoz tenía buen cielo y clima, pues en esta ciudad había escrito la *Guía de pecadores*»¹.

1 En la «Guía de pecadores» trata copiosamente de las grandes riquezas y hermosura de la virtud, señalando el camino que se ha de seguir para alcanzarla. Pone en la primera parte de su primer libro diez títulos, que nos obligan á ella y al servicio de Dios; en la segunda doce privilegios de la misma, y en la tercera demuestra la falta de excusas que hay para no abrazarla. En el segundo libro habla de los vicios y sus

Extendida en tanto su fama más allá de los límites de España, y penetrando en Portugal, llegó á Évora, y fué causa de que el Infante Cardenal D. Enrique, Arzobispo de Braga ¹, considerase grande dicha el tener á su lado hombre tan extraordinario. Lo pretendió así de los Prelados de la Orden, y, habiéndolo obtenido, vió al fin favorecida su diócesis con nuestro Venerable Padre, al que hizo el recibimiento respetuoso y de cariño que era natural, señalándole como primer alojamiento el Convento de Religiosos descalzos de San Francisco, llamado de Valverde, distante una legua de Évora. Al día siguiente de su llegada, estando el Padre Granada bien temprano rezando las primeras Horas canónicas de su instituto, presentóse en su celda el Cardenal, arrodillóse á sus piés, y le rogó le confesase. ¿Pero cuál no sería la admiración de este Prelado cuando se encontró que, negándose á hacerlo, le dijo estas razones?: «Vuestra Alteza há mucho tiempo que es Pastor de esta ciudad y Arzobispado; yo, como recién venido, no sé cómo se gobierna, ni si hay escándalos públicos, ó pecados cuyo remedio corra por V. A.; y así, pues, le suplico se valga de otro confesor, porque conmigo no ha de hacerlo hasta que tenga conocimiento de las cosas...» El religioso Arzobispo con gran mansedumbre llevó el reparo, dice Muñoz, y por eso no le estimó ménos.

Comenzó el Padre Maestro á predicar en Évora con el fervor y celo que lo había hecho en España, acudiendo además á todos los ministerios de su profesión de tan eficaz manera, que á poco se conoció el acierto de haberle llevado á Portugal: tal fué su afán en ganar almas para el cielo. Así que, estimando D. Enrique que más que huésped en ese reino, debía ser en él hijo querido, alzóse, como suele decirse, con la prenda; pues sin que lo entendiera el Padre Granada, alcanzó del General de la Orden que le adoptase el Convento de Évora; hecho con el cual dejó de pertenecer á

remedios; de las virtudes y facilidad de alcanzarlas, y de la reformation del hombre.

¹ Fué hijo del rey D. Manuel de Portugal y de la reina D.^a María, hija de los Reyes Católicos. Príncipe de excelentes virtudes y muy versado en letras. Llegó, por la infausta muerte del rey D. Sebastian, á ser gobernador del Reino, y después rey.

la Provincia de Andalucía, quedando desde allí enriquecido Portugal y la Provincia de Santo Domingo de este reino, con tan grande don y señalada honra.

Avecindado ya en Portugal, y allí prohibado, le miró el Infante como prenda propia. Amóle y apreciole en extremo. No hacía cosa que no fuese por su consejo, y no consintiendo que jamás se separara de su lado; continuóle en su gracia por más de treinta años que después vivió, á pesar de haber pasado á ser gobernador del reino y después á rey de esos dominios. Fray Luis en trueque le dedicó dos tomos de sermones (del Adviento y de los Santos), refiriendo en la dedicatoria las grandes prendas que le adornaban; poniéndole como modelo de hombres de gobierno y ejemplo de Prelados; y añadiendo en su elogio que fué santísimo y religiosísimo Príncipe, y ha de tener en el cielo muchas coronas.

En su nueva Provincia portóse nuestro Venerable con tanto acierto, y dieron sus virtudes tantos resplandores, que, ganando la voluntad y estimación de los Padres portugueses, no pasó mucho tiempo sin que fuera elegido Superior, ó sea Provincial, á pesar de ser constante costumbre que ese cargo lo desempeñaran Padres portugueses y no castellanos; elección que tuvo lugar el año de 1557 en el Convento de la Batalla, y que en vano fué rehusada por nuestro Fray Luis; porque interviniendo no sólo ruegos é instancias, sino también la obediencia debida á sus superiores y la autoridad del citado Cardenal-Infante, bien conocedor de sus dotes y ejemplar vida, hubo de aceptar el cargo.

Que no se arrepentirían los religiosos de la Orden de semejante elección, es seguro; pues tuvieron ocasión de ver lo muchísimo que trabajó entonces. Fundó Conventos nuevos, predicó sin descanso, y además, para mayor gloria de Dios, continuó escribiendo libros y más libros ¹, lo cual verificaba

¹ Sus obras impresas son: «Seis tomos de sermones», en cuya composición gastó diez años de su vida, según dice en el prefacio de la Retórica. Dos tomos más: uno el «Índice de sermones» y el otro «Silva de predicadores». «La Retórica». «Oficio et moribus Episcoporum». «Compendio de la doctrina espiritual de Fray Bartolomé de los Mártires». «La guía de pecadores». «La Oración y Meditación». «El Memorial de la vida cristiana». «La Adición al Memorial». «La Introducción al Símbolo de la Fe», á cuyo libro añadió otro tomo dedicado al Cardenal Alberto. «El

hasta por los caminos cuando hacía sus visitas provinciales, á cuyo efecto se valía de una especie de atril ó facistol puesto en el arzón de la silla de la mula. Así fué que la reina D.^a Catalina creyó justo el premiar semejantes merecimientos, y le hizo llamar, diciéndole cuando se presentó: «Fray Luis, yo os ofrecí días pasados el Obispado de Viseo; no lo quisisteis aceptar; admití vuestras excusas, por creerlas justificadas. Ahora ha vacado el Arzobispado de Braga; necesito en él un hombre como vos, y os ofrezco esta prelación en nombre de Dios, rogándoos la aceptéis para su servicio y bien de las almas». Enmudeció el Padre Granada ante estas palabras, que fueron aún de mayor peso cuando la Reina le añadió: «Y no tenéis que pensar en ello; porque habéis de ser Arzobispo, haciendo sin replicar lo que os mando»¹. Pero repuesto algún tanto, expuso tantas y tan fuertes razones en apoyo del propósito que tenía de acabar su vida en humilde puesto y arrinconado en su celda, que viendo aquella señora la resolución de nuestro Venerable, y desconfiando de vencerla, le pidió que al ménos le designara sujeto que fuese digno de reemplazar su persona, concediéndole al intento tres días; mandato al que ya no pudo menos de ceder, y que obedeció, designando al Padre Maestro Fray Bartolomé de los Mártires, como idónea y apropiada persona para ser Arzobispo de Braga.

Acabado su oficio de Provincial en 1572, pudo dedicarse aún más de lleno á la oración y á la escritura², siendo su

Compendio de la Doctrina cristiana», con sermones á continuación: «La doctrina espiritual de sus obras», que es un Compendio de las mismas «La traducción de la Scala espiritual de San Juan Climaco». «La de la Imitación de Cristo de Tomás Kempis». Y las «Vidas de Fray Bartolomé de los Mártires y del Venerable Padre Juan de Ávila».

Muchos ó casi todos estos libros están vertidos á cuantos idiomas hay en el mundo.

¹ La reina D.^a Catalina, mujer del rey D. Juan el III de Portugal, fué hija de Felipe el Hermoso y de D.^a Juana, y hermana, por consiguiente, de Carlos V. Gobernó aquel reino por la minoridad de su nieto D. Sebastian.

² «La Adición al Memorial de la vida cristiana», de que ya hemos hablado, la escribió siendo de edad de 70 años, pues lo hizo en el de 1573. Mas adelante, en 1582, y, por tanto, cuando ya tenía 78, acabó otra obra de grande erudición, la «Introducción al Símbolo de la Fe», que dedicó al Cardenal Quiroga, Arzobispo de Toledo, y que trata de los dos Misterios principales, la Creación y la Redención. De esta obra dijo al Marqués de Camporrey «que era el capullo en que se había de envolver para morir». La quinta parte de ella contiene cuatro libros doctísi-

costumbre levantarse á las cuatro de la mañana ; hacer oración mental hasta las seis; confesarse en seguida; decir misa, y después entrar á ocuparse en sus estudios y escritos , pero sin faltar nunca á los rezos de su instituto y á la lectura de sus Horas canónicas. Entre esos escritos brilla muchísimo la traducción que hizo del latín al castellano del libro de la *Imitación de Cristo* del Padre Tomás de Kempis, respecto á cuya traducción sólo diremos , repitiendo lo que Miguel de Cervántes Saavedra expuso sobre otro libro del Tasso vertido del italiano por Jáuregui , que «no se sabe cuál es el original» ¹.

Y , no obstante tanto trabajo y vigiliás , su frugalidad era grandísima, y no menores sus penitencias; contestando siempre á los que trataban de impedírselas, ó de aliviárselas, á la manera que dijo San Jerónimo : «No me espanta la soledad ni me molesta , porque en ella no estoy nunca solo , acompañándome, como me acompaña, Cristo; no la pobreza, pues Él llama bienaventurados á los pobres ; no el trabajo , pues ninguno ha de ser coronado sin sudores; no la falta de sustento, pues la fe me alimenta; no la desnuda cama , pues el

mos; la concluyó cumplidos 80 años, y la dedicó al Cardenal Alberto, gobernador entonces de Portugal é hijo de la reina Catalina.

Finalmente, en la enfermedad pestrera compuso el sermón de los Escándalos, llamado así por tener por lema : ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze? y cuya doctrina es incomparable; sin que los accidentes del mal y sus 84 años cumplidos le estorbasen para estudiar, disponer y dictar sermón tan adornado de elocuencia y erudición. A este escrito dió origen una tribulación grandísima, que tuvo nuestro Venerable por la misma santidad y sencillez pura de su alma, en que nunca hizo entrada la malicia ni la sospecha, sino los candidos pensamientos y la intención recta. Decía á cada paso con Kempis: «Aparta, Señor, de nuestros corazones toda sospecha y malicia», y habia conseguido esta gracia; por lo cual jamás pensó mal de persona alguna, y ménos si eran Religiosos de alguna Orden.

Para formar juicio acerca del Kempis, basta la siguiente anécdota, que es verdadero suceso. Juntó una completa biblioteca de apreciados libros cierto sabio, que es innecesario nombrar; y para cerciorarse de que en ella no faltaba ninguna cosa de mérito, llamó á otro bibliófilo muy experimentado. Reconoció éste la biblioteca detenidamente, y le manifestó: «Un libro, meritísimo por cierto, he echado de ménos; y lo extraño mucho, conociendo con cuántas luces se ha formado esta biblioteca; cuyo libro es la *Imitación de Cristo*» por Kempis, que contiene la más exquisita doctrina para hacer santos á los hombres. —¿El Kempis? (replicó el otro). Ese no es libro que debe estar en los estantes, sino en el bolsillo, para ser llevado siempre consigo, y por eso no lo ha visto; en el mío lo tengo; mirelo;—y lo sacó de su bolsillo, haciendo grandes demostraciones del afecto que le tenía por su sin igual y provechosa lectura.

Señor tiene á bien acostarse á mi lado; y hasta si mi piel se arruga por falta de bañarla, tampoco debo quejarme, pues el que una vez se bañó en Cristo, no ha menester más». De modo que nunca se estimó con mayor felicidad que cuando se hallaba privado de todo, y aún de la propia luz y claridad del día ¹; si bien el cielo premióle tanta abnegación con tan llenas manos, que nunca tuvo un deseo que no venciese con ayuda de la gracia; ni sufrimientos, por grandes que fuesen, que no los llevase pacientísimamente; y eso que en sus últimos años perdió la vista, se le vació un ojo por completo, y fué víctima de grandísimas penalidades.

Tantos trabajos, estudios y penitencias ², y sobre todo la edad, pues se hallaba ya en los ochenta y cuatro años de vida, hicieron que en el Adviento de 1588, en cuyo tiempo santo se dedicó, cual si la robustez no le faltara, á los más rigurosos ayunos, le asaltase en su Convento de Lisboa, donde residía, grave enfermedad, principalmente manifestada por vómitos continuados y calenturas repetidas. Acudióse á los remedios, no perdonándose por su Comunidad, ni por los médicos, ninguna clase de socorro para salvarle; pero sea porque era la voluntad de Dios que esa luz ya se apagara, ó porque se le erró la curación, según todos sus historiadores

¹ Un grande premio fué el componer sus sermones sin más preparación que meditarlos á oscuras, lo cual atestigua el siguiente hecho. Entró en su celda cierto día Miguel de Arenas, librero muy amigo suyo, y, hallándola en tinieblas, dirigióse á abrir una ventana, juzgando que el Padre Granada estaria en otra parte: tropezó, sin embargo, con él, porque se hallaba arrodillado, y no pudo ménos de exclamar: ¡Rezaba vuestra paternidad?—Nó (le contestó nuestro Venerable); estaba estudiando el sermón de mañana.—¿Pero á oscuras?—Sí; los predicadores apostólicos estudian los sermones más bien con los ojos cerrados que abiertos.

² Su humildad y su obediencia fueron también extraordinarias. Véanse estos sucesos. En una ocasión, y por cierto después de haber sido Provincial, dió á un pobre el pan de la comida, y pareciéndole que no le negaría el Hermano cocinero otra ración, se la pidió humildemente. El Hermano, sin embargo, le contestó que dos raciones de pan no se daban á nadie; y el Padre Granada se retiró sin replicar, teniendo que comerse el potaje sin pan alguno.

Otro día fué llamado con gran prisa por la reina Catalina, á quien confesaba; y, pareciéndole que no debía perder momento, pues podía ser caso apurado, tomó la capa, y con ella fué á pedir permiso al Superior para salir. El Superior, al vérsela, le contestó que, puesto que ya traía la capa como en la seguridad de obtener la licencia, en castigo de esta persuasión se la negaba, para que otra vez no cayera en semejante falta. Y el Padre se vió privado de ir á Palacio, donde se extrañó la tardanza porque no pudo hacerlo hasta el día siguiente.

afirman, y con especialidad el Licenciado Muñoz, fué lo cierto que á pasos ajigantados se le acercó la muerte. Conoció el santo varón la proximidad del término de su vida; y, regocijándose de ello, empezó á prepararse, como si preparación necesitara para la jornada quien siempre había vivido preparado para ella, á hacer una buena muerte.

Qué haría en este punto quien había escrito ¹: «Dios mío, cómo te pediré que me oigas, pues tantas veces me llamas-te y no te oí; ni cómo te llamaré yo ahora al tiempo del menester, pues tú tantas veces me hubiste menester y no me hallaste; ni con qué título te rogaré al cabo de la jornada que me des el cielo, habiendo empleado toda mi vida en servicio de tu enemigo», no hay para qué consignarlo; se adivina con esas palabras. Basta sólo, por tanto, manifestar que su Padre compañero, al oír sus oraciones y ver su penitencia, no cesaba de llorar; lo cual dió causa á que el Padre Granada le dijera: «Calle, Padre, y no llore, pues ve que yo no lloro; mas no sé si lo podrá hacer, pues los dos tenemos diferentes pensamientos: es decir, vuestra paternidad llora porque me voy; y yo me alegro de irme, porque espero que la misericordia de Dios me lleve á mejor parte».

El penúltimo día del año confesóse, aunque lo había hecho muchas veces en el curso de la enfermedad, dejando limpia su conciencia del menor átomo, de la más insignificante negligencia ó sospecha de alguna falta; y en seguida recibió el Viático, esa provisión soberana que nos suministra nuestra Iglesia católica para el largo camino de la eternidad; mostrando tanta devoción y profunda humildad en ese acto, que anegó en lágrimas á cuantos se hallaron presentes. Hizo después que le dejasen solo, recogiendo como quien va á ver la gloria, y así estuvo hasta las cuatro de la tarde del siguiente día, en que se le administró el Santo Óleo con que es ungido el cristiano para el postrer combate de la vida; durante cuya unción se halló con tan perfecto juicio, que ayudó el Oficio, rezando claramente las oraciones acostumbradas, y después pronunció una devotísima plática, como divino cisne que canta con suave melodía en el último

1 Meditación del Miércoles por la mañana.

momento de la existencia , exhortando al amor de Dios y á la perseverancia en este amor, y poniendo presente la brevedad de la vida, el premio que la virtud obtendrá en lo alto, y otras cosas semejantemente conmovedoras. Concluída, hizo que le leyesen la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, y con la vela bendita en la mano, esa vela que la Iglesia católica presenta al hombre cristiano cuando entra á la vida y es bautizado, y se la vuelve á presentar cuando va á desaparecer, dejó de existir en el día y hora que indicamos al principio de este escrito, las nueve de la noche del 31 de Diciembre de 1588.

Enterrósele en la iglesia del citado Convento de Santo Domingo de Lisboa, de cuyo enterramiento fué exhumado después en el año 1634, para colocarle en mejor lugar de la propia iglesia, donde se le fabricó un suntuoso sepulcro, costado principalmente con limosnas obtenidas por Fray Gaspar de Toledo, dominico español, en época en que era Provincial en Portugal Fray Agustín de Sousa.

No se le han erigido estatuas ni monumentos que eternicen su nombre. Pero no los necesita , pues brillará perennemente como modelo del habla castellana y maestro sin competidor en la ciencia del espíritu ; siendo seguro , pensando piadosamente, que habrá merecido las coronas que Gregorio XIII le dijo había de obtener en el cielo.

Al cumplirse, pues, ahora el tercer centenario de haberlas alcanzado, no nos es necesaria á los españoles cristianos otra cosa que recordarle en nuestra memoria , leer algo suyo , y pedirle que esta lectura nos dé provechosa enseñanza y divina gracia para imitarle.

J. M. J.